



EL GRIMORIO DE DAVID PSÍQUICO



Un libro iniciático a mi visión esotérica, holística y conspiranoica

C . D . Q . M .

<https://asifim.org/>



ÍNDICE

Prólogo — Antes de que pasemos la primera página

Capítulo 1 — De dónde vengo: la historia detrás del nombre

Capítulo 2 — Mi cosmovisión: cómo entiendo la realidad, las creencias y el destino

Capítulo 3 — Guías, entidades y el mundo imaginal

Capítulo 4 — La magia: lo que NO es y lo que sí es

Capítulo 5 — Habilidades psíquicas: ejercicios reales para empezar hoy

Capítulo 6 — Terapias energéticas: lo que sí sostengo y lo que me atrevo a desmentir

Capítulo 7 — Sexualidad esotérica: desmontando mitos, sosteniendo verdades

Capítulo 8 — Mi alquimia: el método C.D.Q.M. y la fórmula que (creo) lo explica todo

Capítulo 9 — La gran mentira: conspiranoia, Nuevo Orden Mundial y por qué prefiero no darte certezas

Capítulo 10 — Mi transición, mis heridas y mi filosofía de vida

Epílogo — Una invitación, no una despedida



PRÓLOGO

Antes de que pasemos la primera página

Quiero decirte algo antes de que sigas leyendo, porque creo que es lo más honesto que puedo ofrecerte: no te voy a pedir que me creas.

Llevo años en esto —del psiquismo a la magia, de la magia a las terapias, de las terapias a la conspiranoia y de vuelta al psiquismo— y si algo he aprendido es que la persona que llega ofreciéndote certezas absolutas sobre lo invisible generalmente te está vendiendo algo, no enseñando algo. Yo no quiero venderte una verdad. Quiero mostrarte un mapa: el mío. Un mapa hecho de experiencias vividas, de libros mal entendidos y bien entendidos, de errores caros, de sincronías que todavía no sé explicar, y de una cantidad considerable de sentido del humor, porque si te tomas todo esto demasiado en serio, te vas a perder lo mejor.

Este libro nace de una serie de transmisiones en vivo que hice a lo largo del tiempo, hablando sin guion, con la gente conectada al otro lado de la pantalla, contestando preguntas, divagando, contradiciéndome a ratos y corrigiéndome a mí mismo en el camino —como corresponde a cualquier persona que de verdad está pensando en vivo y no recitando un discurso aprendido. Alguien tomó todo ese material, lo ordenó, y lo convirtió en esto que tienes ahora entre las manos. Pero el tono sigue siendo el mismo: el de alguien que te está hablando de frente, no el de un oráculo que dicta desde una nube.

¿Por qué "Grimorio"? Porque un grimorio no es una verdad, es una herramienta. Es el cuaderno de trabajo de un mago: sus fórmulas, sus errores, sus hallazgos, sus advertencias. No es una escritura sagrada que hay que obedecer. Es un compañero de camino que puedes anotar, contradecir, subrayar, y del cual puedes robarte solo lo que te sirva.

Si me vas a leer, léeme así: con la mente abierta pero los pies en la tierra. Toma lo que resuene contigo, cuestiona lo que no, y sobre todo, no dejes de pensar por ti mismo solo porque yo lo diga con convicción. Yo mismo dudo de la mitad de lo que voy a contarte aquí, y esa duda no es debilidad: es la prueba de que sigo siendo honesto con mi propia búsqueda.

Bienvenido, bienvenida, a mi mundo. Vamos a empezar por el principio: por quién soy yo antes de ser "David Psíquico".



CAPÍTULO 1

De dónde vengo: la historia detrás del nombre

Antes de hablarte de guías espirituales, de magia o de teorías sobre el Nuevo Orden Mundial, quiero contarte de dónde salió todo esto. Porque si no entiendes de dónde vengo, todo lo que te diga después te va a sonar a fantasía gratuita, y no es de eso que se trata.

No nací en una familia esotérica de manual, con inciensos y altares por todos lados, aunque sí crecí cerca de cosas que para otros niños habrían sido raras y para mí eran de lunes a viernes. Mis padres practicaban artes marciales, taichi y chikung —mi papá era capaz de doblar espadas apoyándolas en su propia garganta, con puro entrenamiento de cuerpo y energía— de hecho fueron los pioneros en Chile en dichas disciplinas. Ese ambiente me dio una primera intuición, muy temprana, de que el cuerpo y la mente pueden hacer cosas que la lógica cotidiana no contempla. Pero mi entrada real al mundo psíquico no vino por ahí. Vino por pura casualidad, como suelen venir las cosas importantes.

Antes de eso, sin embargo, hay algo todavía más atrás, algo que mis papás me contaron porque yo era muy chico para recordarlo con claridad consciente: entre los dos y los cuatro años yo tenía "amigos imaginarios". No los típicos amigos imaginarios de peluche parlante: yo describía con detalle a un hombre alto y delgado, de unos cuarenta o cincuenta años, a otra persona más baja y más robusta, y a un perrito que los acompañaba. Con el tiempo empecé a contar que habían muerto en un accidente automovilístico. Yo no tenía, a esa edad, ninguna noción real de lo que significaba la muerte —nadie me la había explicado—, así que ese detalle nunca cuadró del todo con la idea de que fuera pura fantasía infantil. Esos "amigos" desaparecieron de golpe cuando nació mi hermano menor. A eso súmale otra anécdota que mis padres cuentan sobre mí de bebé: ruidos extraños en mi cuna, y mi pelo cargándose de electricidad estática sin ninguna explicación aparente. Ninguna de estas cosas prueba nada por sí sola. Pero son el primer trazo de un patrón que se repitió toda mi vida: fenómenos que no pedí, que no busqué, y que me obligaron a hacerme preguntas.

A los ocho años mi mamá me enseñó a ver el aura. A los doce, un libro de parapsicología que cayó en mis manos por casualidad me abrió la puerta al tema de la telekinesis, y desde ahí no paré. Entre los doce y los diecisiete años yo leía casi exclusivamente mentalismo: el Kybalion, materiales sobre "poder psicotrónico", el Método Silva de control mental. No esoterismo tradicional,

no grimorios, no rituales. Psiquismo puro. Esa base es importante, porque va a explicar por qué toda mi forma de entender la magia, más adelante, parte siempre desde lo psíquico y no desde el ritual.

Hay una anécdota de esa época que todavía me hace reír y que dice mucho de mi carácter: en el mismo año en que empecé a interesarme en la telekinesis, sin saber nada de Nikola Tesla ni de sus investigaciones, me obsesioné con la electricidad —tenía un tío electricista que me influenció— y me puse a diseñar por mi cuenta, en un cuaderno, motores de "energía libre" o ilimitada. No sabía que ese campo ya existía. No conocía a Tesla. Lo hice solo, porque a esa edad me preocupaba profundamente algo que a la mayoría de los niños de ocho a doce años no les preocupa: el hambre en el mundo, la escasez energética, la falta de conciencia espiritual de la gente. Vengo de un entorno de pobreza económica, y esa pobreza —lejos de aplastarme— me hizo pensar en soluciones: sistemas de autocultivo doméstico redistribuido, motores de energía ilimitada, formas de que nadie tuviera que pasar hambre. ¿Fue una vida pasada tocando la puerta? ¿Fue canalización inconsciente de información que ya circulaba en algún lado? ¿Fue pura coincidencia de un niño inteligente con ganas de salvar el mundo? Honestamente, no lo sé, y te voy a pedir que te acostumbres a esa frase, porque la vas a leer muchas veces en este libro. Lo que sí sé es que ese temor de convertirme en una especie de "mártir de la ciencia" —alguien a quien la historia le corta las manos por adelantarse a su época— fue parte de lo que me empujó hacia el desarrollo psíquico: una tecnología que no necesita fábricas ni financiamiento, solo la propia mente.

A los trece años empecé a investigar en serio, uno por uno, los distintos fenómenos: telekinesis, clarividencia, proyección astral, telepatía, precognición. En cuarto medio, ya en plena adolescencia, di el salto hacia el ocultismo y la magia propiamente tal. Experimenté con rituales clásicos, invocaciones, todo el aparato simbólico de los grimorios tradicionales. Y aquí viene una confesión que te va a servir para todo lo que sigue: no me funcionó nada. Ni un solo ritual de manual me dio resultados comparables a lo que ya obtenía con el trabajo psíquico puro. Esa frustración, lejos de alejarme de la magia, terminó siendo la semilla de todo mi sistema propio: si las recetas ajenas no funcionan, hay que encontrar las propias.

Por esos años también tallé mi primer báculo mágico, al que terminé llamando "Marduk" —una historia que te voy a contar con más calma en el capítulo sobre mis guías y entidades, porque se merece su propio espacio—. Y por esos mismos años conocí a una compañera de colegio que yo creía "bruja" porque leía libros gnósticos; la seguí discretamente hasta la biblioteca de mi comuna, me puse a estudiar en secreto los mismos libros que ella para "superarla intelectualmente" —con todo el orgullo adolescente que eso

implica— y meses después descubrí que en realidad ella solo era fanática de Harry Potter. Me reí, me sentí un poco ridículo, y seguí estudiando de todas formas, porque para entonces ya había abierto una puerta que no se volvió a cerrar.

Lo que quiero que te lleves de este capítulo es esto: mi camino no partió de la fe, partió de la curiosidad y de la necesidad. No crecí creyendo porque me lo dijeron; crecí cuestionando, probando, fracasando en rituales, teniendo experiencias que no pedí y que tuve que aprender a interpretar sin ayuda. Todo lo que viene después en este libro está construido sobre esa base: la de alguien que prefiere la evidencia vivida —aunque sea subjetiva— a la autoridad de un libro antiguo.



CAPÍTULO 2

Mi cosmovisión: cómo entiendo la realidad, las creencias y el destino

Si me preguntas si creo en Dios, en el karma o en el destino, la respuesta corta es: depende de qué día me preguntes y de qué parte de mí te responda. La respuesta larga es este capítulo, y te pido paciencia, porque acá es donde de verdad empiezo a mostrarte cómo pienso, más allá de las anécdotas.

Parto por algo que quizás te sorprenda viniendo de alguien que se dedica a esto: soy, en el fondo, bastante newtoniano. Creo profundamente en la causa y el efecto. Creo que la naturaleza, en su base, es precisa —que cada partícula, cada molécula, "solo puede hacer una cosa" en cada instante— y que lo que llamamos azar o incertidumbre no es más que nuestra absoluta incapacidad de calcular todas las variables en juego. De ahí para adelante, hacia la física cuántica y la relatividad, ya tengo mis dudas; no porque desconfíe de la ciencia, sino porque hay terrenos donde ni la ciencia ni yo tenemos la última palabra. Este detalle es importante porque marca toda mi forma de entender el "karma": no creo en una entidad cósmica que lleva la cuenta de tus buenas y malas acciones para castigarte o premiarte. Creo en algo más parecido a una física extendida: una causa-efecto tan amplia que probablemente incluye lo espiritual, no solo lo material. Si hay algo parecido al karma, para mí es más matemático que moral.

Con las creencias en general —todas, incluidas las mías— tengo una imagen que repito seguido porque me sirve mucho: son como una caja de arena. Puedes construir castillos maravillosos ahí dentro, complejos, hermosos, coherentes. Pero ningún castillo de arena es "más real" o "más falso" que otro por el simple hecho de estar mejor construido. Lo que los distingue es cuánta convicción, cuánta energía, le ponemos nosotros. Y como toda construcción de arena, llega la ola —la vida, la evidencia, una experiencia inesperada— y el castillo se puede deshacer, para que construyamos otro. Ninguna creencia, ni siquiera las mías, debería ser tratada como si fuera de piedra.

Esto tiene una consecuencia incómoda que prefiero decírtela de frente: gran parte de los grandes sistemas de creencia de la humanidad —religiosos, políticos, esotéricos— funcionan también como mecanismos de control social. No lo digo con paranoia, lo digo con historia: basta mirar cómo operaban sociedades como los Illuminati de Baviera, que enseñaban su doctrina "capa por capa", adaptando el discurso según a quién tenían enfrente —al cristiano

le hablaban en cristiano, al ateo en ateo— para sostener el control del grupo sin que nadie viera el mecanismo completo. Esa misma estructura, en miniatura, se repite en cualquier sistema que te bombardea desde la infancia, que premia la conformidad y castiga la duda. No te estoy pidiendo que dejes de creer en nada. Te estoy pidiendo que sepas identificar cuándo una creencia te está sirviendo a ti, y cuándo tú le estás sirviendo a ella.

Sobre Dios, mi postura más honesta es "no sé", pero no es un "no sé" vacío. Tengo una parte de mí que cree, otra que es profundamente escéptica, y otra que se experimenta a sí misma —esto quizás te suene arrogante, pero prefiero decírtelo con humor a que me lo malinterpretes en silencio— como una especie de "disposición de Dios": hacia adentro de mi propia mente, en mi propio universo interior, soy soberano, soy dios de mis decisiones. Hacia afuera, tengo que negociar todo el tiempo con otros dioses: las demás personas, cada una soberana también de su propio universo interno. Esa imagen me ha servido más que cualquier teología para entender la convivencia humana.

Y ahora, la parte que probablemente esperabas con más curiosidad: las vidas pasadas. Te la cuento con la misma honestidad con la que la cuento siempre en vivo, es decir, con la mano en el corazón y la ceja levantada al mismo tiempo. No las creo porque sí. Las sostengo a regañadientes, empujado por una acumulación de coincidencias que se supone que no debería tener: lugares que aparecían en recuerdos o regresiones y que después resultaron existir realmente, con detalles históricos que yo no tenía forma de conocer de antemano. Eso no es prueba de nada ante un tribunal científico, lo sé perfectamente. Pero para mi propia vida, es suficiente evidencia como para no descartarlo.

Te resumo el recorrido, porque es largo, pero el orden cronológico aún no es del todo claro para mí, así que lo narraré como me suele fluir más, pero tengo dudas aún sobre aquello también. Hay una vida —la más "cósmica" de todas, y la que cuento siempre con una sonrisa porque suena a ciencia ficción— en la que me percibo formando parte de una expedición extraterrestre de tipo anunnaki proveniente de la región de Orión, llegando a la Tierra como una especie de ingeniero genético encargado de participar en la creación de los primeros seres humanos, en medio de una disputa interna entre facciones sobre si esos seres debían ser esclavos o libres. En algún punto de esa historia, decido encarnar como humano por pura curiosidad. Antes de eso, hay un recuerdo más oscuro: un alma errante flotando en una especie de limbo, algo que en el lenguaje popular se asociaría a lo demoníaco. Después vienen vidas más "terrenales": un sacerdote o estudiante en una escuela de misterios en el Egipto antiguo, expulsado por rebelde, muerto joven; un aprendiz en la Grecia pitagórica, asesinado antes de poder completar su

formación, lo que explicaría —al menos en mi lectura simbólica— mi conexión de toda la vida con la música y las matemáticas. La más entrañable de todas, la que más emoción me genera contar, es una vida como aprendiz de un mago en la Escocia medieval, a quien identifico con la figura-cargo de "Merlín" —no un nombre propio, sino un título, como podría serlo "Buda"—. En esa vida me veo formándome junto a un río, presenciando encuentros en Stonehenge que interpreto como puntos de contacto con inteligencias no humanas, y viviendo un momento culminante donde ese maestro me enseña que el tiempo y la dimensión son maleables, justo antes de disolverse en luz.

Sigue una vida como nativo norteamericano, aprendiz de proyección astral —lo que en esa tradición se describe como "el vuelo del águila"— con un maestro que, siguiendo mi intuición, sería una encarnación pasada de mi propia madre en esta vida; no es casualidad menor que ella, en esta existencia, siempre se haya sentido profundamente conectada con esa ave. Hay, con menos certeza y más distancia crítica de mi parte, una posible vida como el Emperador Amarillo de la antigua China, que prefiero tratar con escepticismo porque coincide sospechosamente con mi fascinación infantil por los dragones y la cultura china —el tipo de coincidencia que podría ser recuerdo genuino o simple fantasía de poder—. Hay una vida monástica en la Europa cristiana, con un amor reprimido y trágico hacia otro monje, que termina en un suicidio tras la muerte de ese amor. Hay una vida como anciana en algún país nórdico —la única existencia "femenina" que logro recordar—. Hay una vida como soldado de las SS durante la Segunda Guerra Mundial, con una muerte violenta y una salida del cuerpo que —en el relato familiar que heredé— habría sido percibida por mi propia abuela. Hay una muerte joven en un accidente automovilístico en plena época del rock and roll. Y hay, finalmente, una muerte por lo que parece un infarto, en una habitación pequeña en Nueva York, tratando de anotar una fórmula que vinculaba sonido, frecuencias y física pitagórica antes de morir —un recuerdo que, con toda la cautela del mundo, algunas veces me atrevo a especular que podría relacionarse con Nikola Tesla. A veces he creído también sentir una extraña sensación de vínculo con Daniel Dunglas Home, el médium más famoso de su época y contemporáneo del propio Tesla, pero el tema con ellos dos es muy confuso aún para mí.

¿Te suena a demasiado? A mí también, a ratos. Por eso insisto: no te pido que lo creas. Te pido que entiendas que, si algo como esto existe —vidas pasadas, un registro universal de causa y efecto que trasciende lo físico—, entonces probablemente el universo lleva una contabilidad mucho más amplia de lo que la física newtoniana que tanto definiendo alcanza a explicar. Y ahí es donde mi escepticismo y mi apertura conviven, incómodos pero honestos, todo el tiempo.

Como herramienta para sostener todo este mosaico sin volverme loco, trabajo desde lo que se conoce como Magia del Caos: la idea de que ninguna tradición tiene el monopolio de la verdad, y que uno puede tomar prestada cualquier creencia —hermetismo, taoísmo, cristianismo, simbolismo celta, mi propio vínculo personal con Lilith— como herramienta temporal para entrar en el estado mental que se necesita en cada momento, sin jurarle lealtad eterna a ningún sistema. Mi propio altar personal es, literalmente, un collage de todo eso. Y no me avergüenza.

Por último, sobre el bien y el mal: no me rijo por categorías morales que me fueron impuestas desde afuera. Mi código, si tuviera que resumirlo en una frase, sería: hazte cargo de lo que eliges, y si lo vas a hacer, hazlo lo mejor que puedas. Eso me permite —sin necesidad de idolatría ni ingenuidad— reconocer manifestaciones de poder o habilidad humana en figuras históricas completamente distintas entre sí, sin que eso signifique que avale sus actos. Se puede estudiar el poder sin arrodillarse ante él. Y con esto cierro el capítulo más filosófico del libro, para que en el siguiente pasemos a algo más concreto: quiénes son las presencias, guías y entidades con las que me ha tocado convivir en este camino.



CAPÍTULO 3

Guías, entidades y el mundo imaginal

Este es, probablemente, el capítulo que más me van a cuestionar, y está bien que sea así. Voy a contarte, de manera muy resumida sobre mis experiencias de canalización de algunas de las presencias que se han cruzado en mi camino —solo las más controversiales, pero entrare en más detalles y otras historias en otro futuro libro sobre el tema— con el mismo marco que ya te adelanté: no sé si son "reales" en un sentido objetivo y demostrable, y esa pregunta, sinceramente, cada vez me importa menos. Lo que sí puedo controlar es qué hago con la experiencia, qué aprendo de ella, y si el efecto que tiene en mi vida es sano o no. Ese es mi criterio de trabajo, y te invito a que sea también el tuyo.

Antes de las entidades, quiero explicarte un concepto que es la columna vertebral de todo este capítulo: los \\mundos IM\\. La imaginación, para mí, no es solamente una función del cerebro que fabrica cosas de la nada. Es también un sentido —así como la vista o el oído— capaz de percibir niveles de realidad que no son materiales. Bajo esa lógica, un personaje de ficción, un arquetipo de anime, una figura mitológica, pueden ser canales reales de energía espiritual, puntos de entrada al inconsciente colectivo del que hablaba Jung. La matemática, la religión y la magia, para mí, son simplemente distintos lenguajes para intentar describir la misma estructura profunda de la realidad. No es que "todo sea imaginación" en el sentido despectivo de la palabra; es que la imaginación es un órgano de percepción que casi nadie entrena.

Con eso en mente, te cuento la historia de \\Marduk\\, mi primer báculo. Lo tallé de una rama de álamo que crecía en mi propia casa, siendo apenas un adolescente (2003). Le di una forma de torre en la parte superior, con cinco puntas representando los cuatro elementos más el éter, incrusté un cuarzo, dejé una zona de agarre, y tallé una espiral descendente que conectaba simbólicamente con la tierra. Cuando terminé de tallarlo, le pregunté mentalmente cómo debía llamarse. Lo que escuché no fue un pensamiento interno: fue un susurro, externo, nítido, en mi oído derecho. Una palabra: "Marduk". Yo no tenía ninguna relación consciente con ese nombre —lo único remotamente parecido que se me ocurrió después fue un personaje de un anime que conocía, pero no había ninguna conexión clara—. Estaba a punto de consagrar el báculo con un pacto de sangre, como manda cierta tradición ritual, cuando ocurrieron tres cosas que me detuvieron: primero, en una visita a la biblioteca de mi comuna, descubrí que Marduk era, efectivamente,

el nombre del dios babilónico de las invocaciones mágicas —una validación externa de un nombre que yo no conocía de antemano—; segundo, en un estado de desdoblamiento vi una entidad-sombra que intentaba poseerme, y logré repelerla proyectando luz desde el báculo; tercero, pedí una señal, en un gesto casi cristiano, y mi hermano menor apareció justo en ese momento a preguntarme si podía romper el báculo. Lo tomé como una señal clara. No cerré el pacto. Se quedó, como quien dice, en pausa.

Años después (2005), en medio de una multitud, se me manifestó una figura encapuchada que nadie más parecía notar. Yo la llamé "Dragma X" —y con el tiempo entendí que "Dragma" no era un nombre propio, sino algo más parecido a un título o un grado de poder mágico, similar a cómo "Buda" no es un nombre sino un estado alcanzado—. Me explicó, en esa conversación silenciosa, que el anonimato es la herramienta más poderosa de un mago: te protege de tus enemigos. Me dijo que siguiera mi camino, que formaba parte de mi destino, y nunca reveló su verdadero nombre —en la tradición mágica, conocer el nombre real de otro mago te da poder sobre él—. He terminado interpretando a esta figura como un posible aspecto de mí mismo proyectado desde el futuro, o como una suerte de supraconsciente, un "superyó esotérico" que se manifiesta cuando lo necesito.

En otro episodio, experimentando con escritura automática y bajo los efectos del alcohol, tuve un breve contacto con una entidad que se identificó como "Molok" (20??)—una figura oscura, asociada históricamente a rituales de sangre y presente en muchas teorías conspirativas—. No hubo pacto, solo un diálogo corto que preferí no repetir.

Hay un sueño que marcó un antes y un después en mi vida profesional: se me apareció un ser pequeño, tipo "gris", que se presentó como "Necroniano", que decía habitar en cavernas del centro de la Tierra. Me pidió contactar a "Metatrón" y me mostró el símbolo de la Merkaba (ambos símbolos y nombre que no conocía en profundidad pues no sentí antes interés alguno por ellos), dos pirámides fusionadas. Al día siguiente, sin planearlo, hice espontáneamente una meditación con una Merkaba de papel en mi trabajo de entonces, en una librería esotérica. Ese mismo día tuve la venta más grande de mi vida hasta ese momento, y comenzó una amistad reveladora con un cirujano cercano al mundo esotérico que terminó abriéndome las puertas al mundo de los negocios —una persona que en teoría me hacía clases de taichí, pero de quien terminé aprendiendo mucho más—. Todavía tengo la sospecha, sin certeza, de que Metatrón y Lucifer podrían ser dos caras del mismo arquetipo.

Y hablando de Lucifer: trabajando de noche como conserje (2015), sentí una presencia áurica que describo mejor como "un tigre blanco" —imponente, pero curiosamente apacible—. La comunicación fue telepática: la entidad me

ofrecía "ingresar en mi cuerpo" a cambio de "todo el conocimiento disponible en la Tierra". El ritual que pedía era, casi ridículamente sencillo en apariencia: cambiar mi foto de perfil y mi nombre en redes sociales a "Lucifer". Al hacerlo, sentí un calor intensísimo y algo parecido a mi propia personalidad empequeñeciéndose. En ese momento, algo dentro de mí —una voz que sentí como propia y ajena a la vez— le dijo a la entidad: "No puedes ingresar en Carlos David, rompimos los pactos hace mucho tiempo, retírate." Tuve una visión de cavernas pobladas de seres angelicales, y entre ellos me vi a mí mismo como un ser azul, no humano, parecido a lo que se describe como un "gris alto" - Raza Arcturiana de hecho-. Cuando borré el nombre y la foto, la presencia se disolvió. He llegado a vincular esta entidad protectora interior con mi propio alias artístico, "SAID" (o ZAID)—que significa algo así como "hombre feliz" o "hombre con éxito" en origen árabe—, y sospecho que podría tratarse de mi propia alma original, o de un vínculo con memorias de una vida pasada extraterrestre relacionada con la creación genética de la Tierra.

El arquetipo de \\Lilith\\ llegó a mi vida en un momento de quiebre personal: tras una ruptura amorosa muy dolorosa (2016)—con una mujer con la que había vivido sincronías fuertísimas, a quien había dibujado incluso antes de conocerla, como me había pasado también con mi ex esposa—, entré en una crisis profunda que me llevó a romper mis propios "votos de mago blanco". Un manga que cayó en mis manos por casualidad detonó una búsqueda; investigué el arquetipo de Lilith y sentí que describía exactamente lo que estaba viviendo: la necesidad de liberarme de la culpa sexual, de salir de la dicotomía simplista entre mago blanco y mago negro, de priorizar mi propio placer y bienestar sin pedir permiso. Hice una invocación, con ayuda de un manual y un amigo cercano al tema, y viví una etapa de fuerte liberación sexual, con sincronías y experiencias energéticas nocturnas de tipo "súcubo". Lilith me anticipó, mucho antes de que el movimiento feminista tomara la fuerza que tiene hoy, que los arquetipos espirituales estaban en transición, evolucionando junto con un cambio vibracional de la Tierra. Perdí esa conexión durante un episodio de crisis por consumo de sustancias, y la retomé después. Hoy, junto a la energía crística y a Jesús, Lilith es de las pocas compañías espirituales que sigo aceptando conscientemente en mi vida. El báculo que uso actualmente, dicho sea de paso, no lo tallé yo: me lo hizo una amiga de esa misma etapa, y por pura "casualidad" reprodujo, sin instrucciones mías, la misma estructura simbólica de mi antiguo Marduk.

He tenido también sincronías con figuras históricas del mundo de los negocios ya fallecidas —Steve Jobs, Henry Ford, John D. Rockefeller—, a las que trato como posibles inspiraciones o proyecciones de mi propio inconsciente más que como contactos literales. Y hay un guía más antiguo, al que identifico como "MERLÍN", vinculado a la vida pasada en Escocia que ya te conté: quien me habría enseñado magia en esa existencia, y a quien

reconocí después en un viaje mental hacia un lugar que, para mi sorpresa, resultó existir realmente en el mundo físico.

Lo que quiero que te lleves de este capítulo, más que los nombres o las anécdotas puntuales, es esto: yo mismo soy el primero en dudar de todo lo que te acabo de contar. Podría ser clarividencia real. Podría ser imaginación simbólica de altísima calidad. Podría ser mi propio inconsciente disfrazándose de otros para enseñarme cosas que no podía escuchar de otra forma. Y honestamente, quizás nunca lo sepa con certeza. Lo que sí sé es que cada uno de estos encuentros dejó una huella práctica en mi vida —una decisión que tomé, un límite que puse, una liberación que viví— y que esa huella es lo único que finalmente importa. Si algún día tú también tienes experiencias como estas, mi único consejo real es: sé responsable con lo que haces con ellas, cuida tu salud mental, y no dejes que la búsqueda de lo invisible te haga descuidar lo que sí es tangible en tu vida.



CAPÍTULO 4

La magia: lo que NO es y lo que sí es

Empecemos por lo divertido: todo lo que la gente cree que es "ser mago" y que, en mi experiencia, no tiene absolutamente nada que ver con serlo. Varitas talladas a mano, athames "consagrados con sangre", colecciones enteras de péndulos, colecciones enteras de piedras, mazos de tarot o de oráculos como el I Ching, espadas ceremoniales, símbolos sagrados enmarcados, bolsitas de amarre, de endulzamiento, de abundancia, budas y ranitas de la fortuna. Ninguno de esos objetos, por sí solo, te convierte en mago. Son objetos. No son estructuralmente distintos a cualquier otro objeto cotidiano de tu casa. Tener la herramienta no genera el fenómeno.

Esto no lo digo desde la superioridad, lo digo desde la experiencia de haberme pegado yo mismo los palos. Cuando entré en cuarto medio a la magia ritual clásica —grimorios, sellos de Salomón, velas, objetos consagrados— literalmente no me funcionó nada. Nada. Y esa frustración fue, paradójicamente, uno de los aprendizajes más valiosos de mi vida: me obligó a distinguir entre la puesta en escena de la magia y su mecanismo real.

Los libros que de verdad me dieron el lenguaje para entender el ocultismo simbólico fueron los de Franz Bardon, particularmente su "Iniciación al hermetismo", junto con otros autores centrados en la relación entre alquimia y medicina oculta. Antes había pasado por Eliphas Lévi —parcialmente útil— y por Cornelius Agrippa y su magia natural, sin lograr conectar del todo. Fueron un par de documentales sobre el ocultismo histórico y la magia los que terminaron de darme contexto y me presentaron un concepto que se volvió central en toda mi práctica: la Magia del Caos.

La Magia del Caos parte de una premisa que a mí me liberó por completo: se puede construir un sistema mágico propio combinando piezas de distintas tradiciones, sin jurarle lealtad a ninguna. Si algo funciona, se usa. Si no funciona, se descarta, sin culpa ni nostalgia. Nunca me sentí afín a ninguna sociedad esotérica formal ni a ningún grupo cerrado; siempre trabajé solo, y esa soledad terminó siendo mi laboratorio.

Mi tesis central, la que sostengo hasta hoy, es esta: la magia no vive en los objetos ni en seguir "recetas" al pie de la letra. Vive en la capacidad humana de usar sus propias fuerzas espirituales —mentales y energéticas— para alterar la realidad. Todos los sistemas mágicos que existen —wicca, satanismo, umbanda, magia negra, telemática, lo que se te ocurra— son, en el fondo, "distintas ropas para un mismo cuerpo". El mecanismo profundo es el

mismo; lo que cambia es el contexto cultural y qué bloqueos psicológicos rompe en cada persona en particular. Por eso jamás te voy a decir que un sistema es "mejor" que otro en abstracto: te voy a preguntar cuál te funciona a ti.

Una distinción que me parece importante y que casi nadie hace: magia y adivinación no son lo mismo. La magia proyecta y altera la realidad. La adivinación, en cambio, percibe y recibe información. Originalmente eran ramas separadas del conocimiento; la cultura popular las fusionó bajo el paraguas de "lo esotérico". La alquimia, que te voy a explicar con calma más adelante, es un tercer territorio relacionado con las leyes universales de la naturaleza, pero tampoco es idéntica a la magia.

¿Y entonces qué son los rituales, si no "hacen magia" por sí mismos? Son anclas psicológicas. Sirven para enfocar la mente, la intención y la emoción, y así movilizar fuerzas internas —imaginación, concentración, estados alterados de conciencia— que sí pueden generar fenómenos reales: sincronía, telepatía, telekinesis, manifestación. No soy científico y no pretendo estar citando papers con rigor académico, pero sí me interesan referencias como los estudios de Michael Persinger sobre estimulación electromagnética y telepatía, el Global Consciousness Project sobre aleatoriedad de sistemas computacionales frente a eventos colectivos, o los programas de "visión remota" que distintas agencias de inteligencia han investigado a lo largo del siglo pasado. No te digo que ahí esté la respuesta definitiva. Te digo que ahí hay pistas serias que merecen más atención de la que reciben.

Tengo una crítica dura, y prefiero decírtela con todas sus letras: el mundo esotérico está lleno de superficialidad y de abuso de fe. Se venden rituales para el amor, para el dinero, para la salud, ofrecidos muchas veces por personas cuyas propias vidas están profundamente desordenadas en esos exactos ámbitos. Egos disfrazados de luz. Falta total de regulación en el rubro. No te lo digo desde afuera, mirando en menos: te lo digo desde adentro, habiendo formado parte de este mundo durante años, con la autoridad que da haber cometido también mis propios errores ahí.

¿Por qué insisto tanto en partir del psiquismo antes que del ocultismo tradicional? Porque el psiquismo te da resultados medibles: telekinesis que puedes probar con tus propios ojos, intuiciones que puedes validar, calor energético que puedes sentir con tu propia piel. Esa base sólida es la que después te permite usar las herramientas simbólicas de la magia —rituales, símbolos, arquetipos— para potenciar un fenómeno que ya comprobaste que existe, en lugar de estar creyendo a ciegas en algo que nunca corroboraste.

Y hay dos ingredientes que, sin ellos, ningún trabajo mágico despega: la confianza en uno mismo, necesaria para poder proyectar intención con

fuerza, y la claridad de la intención misma. Si no sabes exactamente lo que quieres, no hay forma de enfocar tu energía hacia ningún lado.

Mi propio sistema —lo que yo llamo "método PSI-MAGIA" — no pretende ser una autoridad ni un dogma. Es una base combinable con cualquier otro sistema que ya practiques, y sobre todo, es una autorización: te doy permiso, si es que lo necesitabas, para crear tu propio sistema mágico, tal como yo construí el mío a partir de la Magia del Caos.

Voy a cerrar este capítulo con la frase que uso siempre para resumir todo esto: hacer magia es hacer magia. Si un procedimiento no genera ningún efecto real y verificable en tu vida, no es magia, por mucho ritual, vela o incienso que le hayas puesto encima. No te autoengañes. Sé escéptico primero —"ver para creer"— y solo después, cuando ya tengas evidencia propia, permítete "creer para ver" con más soltura. Y por último: sé responsable con lo que compartes. Hay técnicas avanzadas, algunas con potencial de daño, que no tiene sentido divulgar fuera de contexto ni sin la madurez necesaria para manejarlas.



CAPÍTULO 5

Habilidades psíquicas: ejercicios reales para empezar hoy

Este es el capítulo más práctico del libro, y probablemente el que más te va a servir si nunca has entrenado nada de esto antes. Te voy a compartir exactamente lo que enseñé en mis propias transmisiones en vivo, sin adornos innecesarios.

Lo primero que quiero que sepas es lo que *no* vas a encontrar acá: no voy a pedirte que actives tu glándula pineal, que despiertes tu tercer ojo con meditaciones extrasensoriales, que invoques ángeles ascendidos o demonios de ningún tipo. No trabajo así, y desde mi experiencia personal, tampoco he visto que a nadie le haya funcionado realmente por esa vía. Lo que sí funciona —lo que a mí me ha dado resultados tangibles, medibles y reproducibles— es un trabajo mucho más simple: aprender a sentir la energía de tu propio cuerpo, y jugar con ella con atención sostenida.

Telekinesis, nivel uno: el "famoso PSI-WHEEL". Consigue un trozo de papel liviano —también puedes probar con aluminio o un poco de plástico— y arma un pequeño molinillo, apoyado con equilibrio sobre una aguja, un clip o un alfiler clavado en un corcho o una pluma. Antes de empezar a "sentir energía", hay un paso que casi nadie hace y que es fundamental para no autoengañarte: evalúa las corrientes de aire naturales del ambiente, y ten en cuenta que tu propia respiración y tu movimiento al acercarte también generan corrientes de aire que pueden mover el objeto sin que tenga nada que ver con energía. Para descartar electricidad estática real, prueba primero con un globo o un peine frotado contra tu ropa, y observa cómo responde el objeto ante esa electrostática comprobada, para que después puedas distinguir si lo que generas tú es lo mismo o es otra cosa.

Una vez controladas esas variables, el ejercicio real empieza así: acerca tu mano al objeto, sin tocarlo, y en vez de "visualizar" que el objeto se mueve, dedícate simplemente a *sentir*. Vas a notar, con la práctica, una sensación entre tu mano y el objeto que se parece a un chicle o a un elástico, a veces magnética, a veces como electricidad estática. Esa sensación no es sugestión si realmente le estás prestando atención genuina y no te la estás inventando. Cuando la sientas, empieza a intencionar que esa sensación se amplifique, se mueva, se acumule. No trabajes con el objeto directamente: trabaja con la sensación. El objeto va a responder como consecuencia.

De los tres métodos posibles para manejar esta energía —empujarla, absorberla o acumularla— te recomiendo trabajar principalmente con la

acumulación: junta la mayor cantidad de sensación posible en tu propio cuerpo, visualízala como calor, como una atmósfera que te envuelve, como magnetismo, lo que más se te acomode, hasta que "desborde" hacia el objeto. Empujar y absorber cansan mucho más rápido.

Un dato importante sobre el estado de ánimo: la motivación real cambia por completo el resultado. Si tienes ganas genuinas de practicar, la conexión aparece más rápido y más fuerte. Si estás desanimado, es mejor que no practiques ese día: forzarlo en un mal momento solo genera frustración, y la frustración es el peor enemigo de cualquier trabajo energético. Practicar mucho tiempo seguido también tiene efectos secundarios que deberías conocer: puede afectar tu sueño, aumentar tu libido, y aumentar tu sensibilidad emocional y energética frente a lo que te rodea. No es motivo de alarma, pero es bueno que lo sepas de antemano.

Cuando ya sientas resultados consistentes con el "famoso PSI-WHEEL", puedes subir de nivel a objetos un poco más grandes pero todavía livianos: latas o botellas de bebida, pelotas de espuma o plumavit. No te enfoques en "conectar con cada tipo de objeto" como si fuera una relación distinta con cada uno; enfócate en perfeccionar tu capacidad de sentir rápido esa conexión entre tu mano y cualquier cosa que tengas al frente.

\\Psicoquinesis con un dado.\\ El siguiente paso, un poco más exigente, es tratar de inducir mentalmente una secuencia ordenada al lanzar un dado: que salga el uno, luego el dos, luego el tres, y así sucesivamente sin fallar. No es un ejercicio fácil —el control real sobre un dado es extremadamente difícil— pero justamente por eso es un buen entrenamiento de constancia, de no autosabotearse, y de aprender a diferenciar cuándo "algo conectó" y cuándo simplemente falló.

\\Precognición con el mismo dado.\\ Distinto del ejercicio anterior: en vez de tratar de influenciar el resultado, se trata de adivinarlo antes de que ocurra. Visualiza con la mayor claridad posible qué número va a salir, y acepta la primera imagen que te llegue sin cuestionarla de más —cuestionarla es, casi siempre, la forma en que la mente racional sabotea la intuición. Vas a notar un fenómeno curioso y muy común: cuando llevas una buena racha de aciertos y empiezas a confiarte, o cuando sientes la presión de "tener que demostrar" que funciona, el fenómeno empieza a fallar. Funciona mejor desde la relajación que desde la exigencia.

\\Clarividencia con cartas.\\ Usa cualquier mazo de cartas boca abajo —no necesitan ser cartas especiales de tarot ni nada por el estilo; yo mismo practico a veces con cartas de colección comunes, lo importante es que a ti te generen ganas de jugar—. Hay dos métodos posibles: uno, la sensación interna asociada a cada carta —lo mismo que ya entrenaste con la telekinesis,

pero aplicado a percepción en vez de a movimiento—; dos, una especie de "visión remota" en la que imaginas ver la carta por debajo, o proyectas una pantalla mental donde aparece la imagen. Un ejercicio más avanzado, para cuando ya tengas soltura: pide que alguien esconda un objeto en una caja, o en algún punto de una habitación, sin que tú sepas dónde, y trata de percibirlo.

Vas a notar, si llevas un registro cuidadoso, que a veces "fallas" en la carta que estás intentando adivinar pero aciertas la que viene una o dos posiciones después. Eso no es un fallo real: es una señal de que estás percibiendo el futuro inmediato de la secuencia, precognición en vez de clarividencia pura. Son fenómenos hermanos, pero técnicamente distintos.

Quiero cerrar este capítulo con algo que me parece más importante que cualquier técnica puntual: la práctica de todo esto no solo te va a permitir mover objetos o adivinar cartas, algo que en el fondo tiene un alcance bastante limitado en la vida cotidiana. Te va a entrenar la concentración, la disciplina, la voluntad, y sobre todo, una habilidad que sí es enormemente valiosa: la capacidad de discernir con claridad cuándo algo es pura imaginación y cuándo hay algo más real ocurriendo. Esa discriminación, una vez entrenada con ejercicios tan simples y tan verificables como estos, se traslada después a terrenos mucho más ambiguos —la lectura de aura, el trabajo energético, la empatía extrasensorial— donde de otra forma sería mucho más fácil autoengañarse.

Una última advertencia, sin dramatismo pero con honestidad: existe la posibilidad real, con entrenamiento muy avanzado, de usar estas mismas herramientas para generar daño a distancia. No te voy a enseñar cómo, ni voy a darle más color del necesario, porque no quiero fomentar algo que puede ser delicado en manos equivocadas. Solo quiero que sepas que existe, para que no lo minimices ingenuamente como si todo esto fuera solamente un juego sin ninguna responsabilidad detrás.



CAPÍTULO 6

Terapias energéticas: lo que sí sostengo y lo que me atrevo a desmentir

Este capítulo probablemente va a incomodar a más de alguien del propio rubro esotérico, y lo asumo con tranquilidad, porque prefiero ser honesto contigo antes que complaciente con la industria.

Cuando hablo de "terapia energética" me refiero, en un sentido amplio, a cualquier terapia que trabaja sobre el aura, los meridianos o canales energéticos, o lo que tradicionalmente se llama "cuerpos sutiles". Ya de entrada quiero pedirte algo: cuidado con la palabra "cuántico". El mundo holístico la usa constantemente para sonar más legítimo —"somos energía cuántica", "activamos tu potencial cuántico"— y en la enorme mayoría de los casos es un uso completamente vacío del término, más marketing que física. No soy científico, pero sí me importa la honestidad conceptual, y te pido que a ti también te importe.

La mayoría de las terapias energéticas que se practican hoy en Occidente tienen su origen en dos grandes tradiciones: la India, con sus chakras, nadis, yoga y prana, y China, con el chikung, los meridianos y la acupuntura —tradiciones que además tuvieron variantes regionales al expandirse hacia Japón y Corea, y que no son idénticas entre sí, aunque la cultura popular las mezcle sin distinción—. La imposición de manos como práctica sanadora, curiosamente, aparece de forma casi instintiva en la naturaleza humana: piensa en el gesto materno automático de poner la mano justo donde algo duele. Ese gesto aparece de forma independiente en tradiciones chamánicas, en los relatos de sanación de Jesús en el cristianismo, y en las culturas orientales que ya mencioné. No es casualidad: es algo profundamente humano. También vale la pena reconocer el rol histórico de movimientos como la Teosofía y ciertas sociedades esotéricas occidentales en la sistematización —y en parte, la occidentalización— de estos conceptos orientales durante un período específico de la historia.

Hay dos mecánicas terapéuticas distintas que conviene diferenciar: por un lado, terapias en las que la propia persona regula su energía —autotrabajo, hábitos, prácticas personales—; por otro, terapias donde un terapeuta externo interviene directamente sobre la energía del paciente, a veces sin necesitar un dominio energético propio muy desarrollado, usando solo herramientas específicas, y otras veces exigiendo un manejo energético serio de parte de quien aplica la terapia.

Y aquí viene la parte donde probablemente me voy a ganar algunas críticas: desde mi propia percepción áurica, desarrollada empíricamente a lo largo de años de práctica, sostengo que el modelo clásico de "capas de cebolla" del aura, perfectamente correlacionado con siete chakras ordenados en fila, es en gran parte \\falso\\ como descripción literal de lo que realmente se percibe. Lo sigo usando como herramienta comunicacional en mis propias lecturas, porque es el lenguaje que la gente conoce y espera, pero no corresponde exactamente a lo que yo percibo en la práctica. Algunos centros energéticos sí parecen localizarse de forma razonablemente consistente —el sexual, el emocional, el mental— pero rechazo la codificación rígida y perfectamente simétrica que se popularizó desde ciertas lecturas de la tradición hindú.

Con toda la honestidad epistémica que puedo ofrecer, tengo una hipótesis personal, especulativa, sobre la naturaleza física de estos campos energéticos: los relaciono tentativamente con fenómenos electromagnéticos reales y medibles del cuerpo —la conductividad eléctrica de los tejidos, la actividad eléctrica del corazón y del sistema nervioso, campos electromagnéticos que la ciencia sí reconoce y mide—. No digo que esto sea una explicación completa ni definitiva; solo que me parece un terreno más sólido para pararme que las explicaciones puramente místicas sin ningún correlato físico.

Para describir lo que percibo cuando trabajo con energía, uso mi propio vocabulario, que te comparto porque puede servirte también a ti: distingo la \\cantidad\\ de energía —la vitalidad general de una persona, como "litros de agua"— de su \\actividad\\ —qué tan "caliente" o activa está esa energía en un momento dado—. Más actividad expande el campo energético en lo inmediato, pero no lo sostiene en el tiempo si la cantidad de base es baja. También distingo la \\densidad\\, la \\textura\\ —viscosa, punzante, algodonada— y el \\tinte\\ o carga emocional de la energía que percibo en una persona o en un espacio.

Mi propia técnica de trabajo, heredada de una línea específica del chikung centrada en la proyección de energía fuera del cuerpo, es distinta de la acupuntura tradicional: la acupuntura regula al paciente sin que el terapeuta proyecte su propia energía; mi línea de trabajo, en cambio, exige que el terapeuta esté entrenado para no verse afectado él mismo por la energía que está manejando activamente. No es un detalle menor: trabajar energía sin ese entrenamiento previo puede desgastar seriamente a quien la aplica.

Y ahora, la desmitificación que más me cuesta —y más me gusta— compartir: el movimiento de péndulos y varillas de radiestesia \\no\\ es causado por energía externa que fluye desde el cuerpo o desde el ambiente. Es el llamado \\efecto ideomotor\\: micro-movimientos musculares

completamente involuntarios, generados por el propio inconsciente de la persona que sostiene el objeto, que lo usa como una especie de pantalla para expresar información intuitiva que ya fue captada por otros medios — exactamente lo mismo que ocurre con el tarot: la herramienta ordena la intuición, no la genera desde cero—. Si no me crees, hay un experimento de control muy simple que te invito a hacer tú mismo: coloca el péndulo fijo en un soporte, sin sostenerlo con la mano, frente a los supuestos centros energéticos de alguien. No se mueve. Eso, para mí, es evidencia suficiente.

No te cuento esto para desprestigiar todo el rubro en el que trabajo ni para hacerte descreer de todo lo que hasta ahora has practicado. Te lo cuento porque creo profundamente que la honestidad, incluso cuando incomoda a la propia comunidad esotérica, es la única forma de que este campo gane algo de la seriedad que merece. No rechazo en bloque lo que la ciencia todavía no explica —hay fenómenos que he vivido en carne propia y que sostengo aunque no tengan explicación formal—, pero tampoco valido en bloque cualquier concepto solo porque circula ampliamente en el mundo holístico. Cuestiónalo todo, incluyéndome a mí.



CAPÍTULO 7

Sexualidad esotérica: desmontando mitos, sosteniendo verdades

Pocos temas generan tanta confusión de conceptos como este, así que voy a empezar ordenando el lenguaje, porque casi todo el mundo usa estas palabras como sinónimos y no lo son.

La \\Sexualidad Sagrada\\ es un enfoque espiritual y trascendente de la sexualidad, ligado históricamente al hermetismo y a la reserva de ciertos saberes considerados peligrosos o de alto estatus. El \\Tao del amor\\ o Tao de la sexualidad es una rama específica y acotada del taoísmo chino, vinculada al chikung y al cultivo de la energía vital, cuyo objetivo principal es la salud y la longevidad, no solo la trascendencia espiritual —el taoísmo en general no "es sobre sexo", eso es apenas una de sus muchas ramas—. El \\Tantra\\, en su origen hindú, tampoco es "sobre sexo": es un sistema amplísimo de metodologías de control corporal, energético, filosófico y religioso; fue Occidente quien lo redujo culturalmente casi por completo a su dimensión sexual. La \\magia sexual\\ es el uso técnico y ritual de la energía sexual —el orgasmo, los fluidos— como combustible para operaciones mágicas concretas, con raíces en órdenes esotéricos occidentales que combinaron tantra, alquimia y simbolismo egipcio. Aquí quiero hacer una advertencia ética importante: a veces "la magia sexual" se usa como excusa deshonestas para conseguir encuentros sexuales sin que exista ningún trabajo esotérico real detrás. Pido siempre transparencia de intenciones, de ambas partes, antes de cualquier práctica de este tipo. La \\sexualidad mágica\\, para mí, es simplemente un sinónimo amplio de "sexualidad esotérica" en general. Y la \\alquimia sexual\\ es, de todos estos términos, el más integrador: no incluye solamente el acto sexual, sino el vínculo emocional, comunicativo y psicológico completo con la otra persona, orientado al crecimiento personal integral de ambos.

Dentro de este mapa, me interesan particularmente dos corrientes que suelo presentar como complementarias, no como jerárquicas: la llamada "alquimia de María Magdalena" —una sexualidad sagrada más orientada a la sanación y la elevación espiritual, ligada a teorías sobre una supuesta iniciación esotérica de Jesús en Egipto o en la India, que habría transmitido a María Magdalena en calidad de decimotercera discípula— y la vía lilithiana (LILITH), centrada en la libertad, la desinhibición y la aceptación plena del deseo sin represión ni tabú. No creo que una sea superior a la otra. Creo que

son dos arquetipos válidos, útiles en momentos distintos de la vida de una persona.

Quiero desmitificar algo que se repite mucho y que genera culpa innecesaria: el llamado "mito de la contaminación energética" por tener sexo con alguien. Desde mi propia percepción de lector de auras, sí existen conexiones energéticas reales entre personas que han tenido un vínculo sexual —las percibo como una especie de hilos, con distintas tonalidades, dirigidos a distintos centros: corazón, mente, sexo—, y sí puede haber intercambio o adherencia de energías, incluso lo que algunos describen como "parásitos energéticos". Pero rechazo con firmeza la idea popular de que uno "carga" con años de contaminación irreversible, o con el karma ajeno, por el simple hecho de haber tenido un encuentro sexual. El cuerpo energético tiene su propio sistema inmunológico de autolimpieza, proporcional al desarrollo energético de cada persona. No vivas con miedo de tu propia sexualidad por un mito mal entendido.

Existe también el fenómeno del "vampirismo energético", consciente o inconsciente, dentro de la sexualidad: el control orgásmico y el manejo de fluidos son herramientas reales, usadas tanto en magia como en absorción de energía ajena. Quiero ser claro en algo que repito constantemente en todos los ámbitos de mi trabajo: la energía en sí misma es neutral. Es la intención de quien la maneja la que determina si su uso es ético o no.

Y ahora, la parte que me atrevo a decir aunque sea impopular dentro del propio mundo New Age: \niego que el sexo o el trabajo con la kundalini "despierten", por sí solos, capacidades psíquicas o la conciencia espiritual\\. No conozco a nadie —y me incluyo a mí mismo— que haya desarrollado facultades psíquicas reales únicamente por la vía de la elevación de kundalini o la activación de chakras a través de la sexualidad, pese a que esa promesa es enormemente popular en los círculos holísticos. La pongo en la misma categoría que otros mitos parecidos: la activación instantánea de la glándula pineal, o la iluminación búdica repentina y sin proceso.

Lo que sí sostengo como real, desde mi propia percepción energética desarrollada empíricamente, es que la energía sexual activa y expande el campo energético de una persona —no aumenta necesariamente su cantidad total, pero sí su actividad—, y esa expansión sí puede potenciar fenómenos de telepatía, sincronía y magnetismo personal. Pero esto es un efecto de "amplificación de antena", no un atajo mágico automático hacia la clarividencia. El abuso sexual sin equilibrio energético, por otro lado, puede drenar y desgastar seriamente a una persona, un efecto que a veces se nota incluso en el semblante físico. Mi visión de la conciencia espiritual, en general, no es la de un evento único de "despertar del tercer ojo" de un día para otro, sino la de un proceso acumulativo de discernimiento cada vez más

amplio, construido con vivencia y estudio sostenido en el tiempo. Desconfío profundamente de cualquier narrativa que prometa iluminación instantánea.

Un par de aplicaciones prácticas que sí sostengo desde mi experiencia personal: he trabajado la generación de sensaciones a distancia con una pareja, mediante intención energética y visión remota, siempre con consentimiento —admito con honestidad que en el pasado lo hice alguna vez sin ese permiso, y que dejé completamente esa práctica al entender el problema ético que implicaba—. Describo la "resonancia energética consensuada" en la intimidad como una versión ética y no drenante del vampirismo energético: dos personas elevando mutuamente su energía en un ciclo compartido, sin que ninguna de las dos se agote.

Sobre técnicas corporales concretas, recomiendo los ejercicios de Kegel —fortalecimiento del músculo pubococcígeo, útil para ambos sexos— como la puerta de entrada real al manejo energético de la energía sexual. Quiero aclarar algo importante: la imaginación, es decir, simplemente visualizar energía sin ningún entrenamiento corporal real detrás, no es lo mismo que efectivamente moverla. Se requiere entrenamiento mental y corporal genuino. El objetivo del control orgásmico no es solamente "aguantar más tiempo": es prolongar la experiencia para descubrir niveles de placer y de sensación que de otra forma nunca se alcanzarían.

Sobre la ética sexual en general, mi postura es simple y no negociable en su núcleo: todas las sexualidades son igual de válidas —monogamia, poliamor, distintas orientaciones, prácticas específicas como el BDSM— y no jerarquizo ningún formato por sobre otro. La única regla que sí considero innegociable es el consentimiento informado, la transparencia de intenciones entre todas las personas involucradas, y la honestidad cuando cambian las reglas de un vínculo —por ejemplo, cuando una "práctica esotérica compartida" termina derivando simplemente en un vínculo sexual recreativo. Eso no tiene nada de malo, siempre y cuando se nombre con honestidad en vez de disfrazarse.

Cierro este capítulo con una nota de humildad que me parece importante: mi experiencia y todo lo que te enseñé acá parte desde mi propia vivencia heterosexual, y no puedo hablar con la misma propiedad de experiencias sexuales fuera de ese marco. Las herramientas esotéricas y energéticas que comparto, sin embargo, son transversales a cualquier orientación, y confío en que cada persona sabrá adaptarlas a su propia experiencia.



CAPÍTULO 8

Mi alquimia: el método C.D.Q.M. y la fórmula que (creo) lo explica todo

Te aviso desde ya: este es el capítulo más lúdico y menos "serio" del libro, en el sentido de que yo mismo lo presento siempre con una advertencia clara: lo que vas a leer acá no tiene respaldo científico ni pretende tenerlo. Es un juego de ideas, construido con años de observación y de lectura, y como todo juego, vale la pena jugarlo con ganas y sin tomárselo como dogma.

Después de revisar mucha literatura alquímica clásica —incluyendo el llamado "libro mudo de la alquimia", y las leyendas de Nicolas Flamel y del Conde de Saint Germain, los únicos dos alquimistas de los que se cuenta que habrían conseguido efectivamente la piedra filosofal— llegué a una conclusión que te comparto sin rodeos: nadie sabe realmente de alquimia. Ni los grandes estudiosos históricos, ni yo mismo. Por eso, en algún momento, decidí dejar de buscar la alquimia "verdadera" en libros ajenos y construir mi propia versión: el `\\Método C.D.Q.M.\\`, que no es más ni menos que mis propias iniciales —Carlos David Quezada Molina—.

A lo largo de la historia, "alquimia" ha significado varias cosas distintas según quién la use: la transmutación literal de plomo en oro; la búsqueda del elixir de la inmortalidad o de la salud eterna; en su lectura New Age más moderna, una metáfora de la transformación interior del ser humano; y en una versión más popular y, a mi juicio, bastante inflada, una supuesta conexión directa con la sexualidad y el despertar del kundalini —a la que llamo, con cariño y con sorna, "la pomada tántrica": ni completamente falsa, ni completamente verdadera.

Mi propia definición de alquimia, después de años de darle vueltas, es esta: `\\el entendimiento de los elementos que interactúan por medio de procesos coherentes, en el orden y el tiempo adecuados, para llegar a un resultado transformador.\\` Y aquí viene la pieza central de todo mi sistema: para mí, la piedra filosofal no es un objeto ni una sustancia física. `\\Es el pensamiento humano.\\` Es el único "elemento" capaz de comprender procesos completos, de ordenarlos correctamente en el tiempo, y de decidir la dosis y el momento exacto de intervenir. El segundo ingrediente, inseparable del primero, es la `\\intención\\`: sin ella, el pensamiento no tiene dirección ni propósito.

Con esta base, me gusta enseñar a leer ciertos patrones que se repiten constantemente en la naturaleza, como una especie de vocabulario alquímico aplicable al desarrollo personal, al coaching, y al análisis simbólico de la vida cotidiana. El *toroide* —esa figura con forma de dona, con un centro vacío alrededor del cual todo circula— aparece una y otra vez en fenómenos naturales. Los *fractales tipo árbol* —ramificaciones que se repiten en los árboles reales, en un rayo que cae, en un río, en nuestro propio sistema circulatorio y nervioso— son otro patrón universal. La *espiral* aparece tanto en formas físicas —caracolas, el crecimiento de ciertas plantas— como en fenómenos de ritmo y de tiempo: la repetición de las notas musicales en octavas distintas es, para mí, una manifestación temporal de esa misma lógica espiral. La esfera y el hexágono completan este pequeño catálogo de formas recurrentes. Y aquí me permito una broma que uso siempre en mis clases: lo siento por Platón, pero a mi juicio estas —y no los clásicos sólidos platónicos— son las verdaderas "figuras fundamentales" que uno realmente encuentra al observar la naturaleza con atención.

Ahora, la parte más ambiciosa y más lúdica de todas: *la fórmula que lo explica todo*, presentada siempre con la advertencia explícita de que es una propuesta no-científica, un juego de pensamiento. Mi hipótesis lúdica es que toda la realidad se mueve por una tendencia universal a *buscar soluciones para sobrevivir en el tiempo*. Cada elemento, cada ser, está inmerso en un entorno al que debe adaptarse constantemente, y a la vez es, él mismo, entorno de otros elementos. De esa doble condición —adaptándose y siendo adaptado— surge toda la enorme diversidad de formas y estrategias que vemos en la naturaleza. Dos grandes polaridades organizan, según esta idea, esa búsqueda constante: *expansión, caos y movimiento* por un lado, *contracción, orden y quietud* por otro —con una resonancia clara al viejo principio hermético de "como es arriba, es abajo"—. A esto le sumo un principio físico bastante intuitivo: lo que tiene más energía o más presión se mueve siempre hacia lo que tiene menos, buscando equilibrio.

Mi imagen final, la que más me gusta, es esta: imagina el universo entero como un gran toroide que se comprime sobre sí mismo hasta llegar a un punto mínimo —a veces bromeo diciendo que sería del tamaño de un solo píxel, guiñándole el ojo a la teoría de que quizás todo esto sea, en el fondo, una simulación—, y que luego se expande disparado hacia afuera, chocando con otros elementos en su camino y generando, con esos choques, las ramificaciones fractales de toda la creación. Es exactamente lo mismo que ocurre cuando una piedra cae con fuerza sobre una superficie de concreto: el impacto se ramifica siguiendo siempre el camino de menor resistencia.

Quiero cerrar este capítulo con la misma honestidad con la que lo abrí: todo esto es una invitación lúdica a pensar, a jugar con ideas, útil como

herramienta creativa, simbólica y de desarrollo personal. No es, ni pretende ser, una teoría científica ni una verdad revelada de ningún tipo. Como digo siempre al final de mis clases sobre este tema: el que sabe leer, sabrá encontrar el oro en todo esto. Y el que no lo encuentre, al menos se habrá divertido buscando.



CAPÍTULO 9

La gran mentira: conspiranoia, Nuevo Orden Mundial y por qué prefiero no darte certezas

Antes de empezar este capítulo necesito que quede clarísimo el marco en el que lo escribo, porque si no, se puede prestar para muchos malentendidos: todo lo que viene a continuación lo trato como \\una gran mentira\\. Tú te haces responsable de creerlo o no. Gran parte de lo que sé sobre teorías conspirativas lo aprendí igual que cualquier persona curiosa de esta época: viendo documentales y videos por internet, sin pretensión académica de ningún tipo. Te lo cuento con el mismo tono lúdico e irónico con el que lo cuento siempre en vivo, y te pido que lo leas con esa misma distancia.

Dicho eso, vamos al contenido. La teoría del "Nuevo Orden Mundial", en su versión más difundida, plantea un reordenamiento geopolítico global —el declive relativo de Estados Unidos, el ascenso de potencias como China y Rusia— acompañado de mecanismos de vigilancia masiva cada vez más sofisticados: reconocimiento facial, recolección masiva de datos, redes sociales, y hasta la posibilidad de tecnologías de interfaz cerebro-máquina similares a lo que hoy se conoce públicamente como Neuralink. El fin último que se le atribuye a todo esto es un "control humanitario" frente a crisis reales que sí existen —sobrepoblación, escasez de recursos, crisis climática—. Una imagen fuerte que circula en estos círculos es la de la "granja humana": la humanidad como un recurso administrado por élites o entidades de poder para sostener la comodidad de un grupo reducido.

Otra idea que me resulta fascinante de puro juguetona, sin necesidad de creerla literalmente, es la teoría de la simulación: la posibilidad de que la realidad completa sea algo parecido a un programa, un videojuego gigantesco, con toda la estética que eso trae de películas como Matrix o de mundos como el de Los Sims o cualquier metaverso actual. Como digo siempre en broma: quizás cuando "apaguen el computador", se acaba todo. Y si es así, mejor disfrutar la partida mientras dure.

En este mismo terreno, retomo —ahora en clave más "documental" y menos personal que en el capítulo sobre mis vidas pasadas— el relato de los anunnaki: una expedición extraterrestre multirracial, de un par de cientos de seres, organizada en distintas funciones —administración, investigación, ingeniería genética, seguridad—. Autores popularizadores de estas teorías, como Zecharia Sitchin o ciertos divulgadores contemporáneos del tema, plantean que los seres humanos podríamos ser resultado de un cruce entre

esa expedición y poblaciones terrestres previas, y que ese cruce habría generado un linaje híbrido que provocó una rebelión interna dentro de la propia expedición. Según esta narrativa, la Tierra habría quedado en una especie de "cuarentena", supervisada por una Confederación Galáctica, hasta que la humanidad decida por sí misma su propio destino: libre o esclava. Simbología asociada a estas teorías incluye al faraón Akenatón y su experimento monoteísta en el antiguo Egipto, al dios babilónico Marduk — que ya conoces por mi propia historia personal—, y el símbolo del disco o círculo solar.

Ahora, la reflexión más seria de todo el capítulo, la que de verdad me interesa que te lleves: cualquier sistema de creencias, doctrina, ideología, religión, red social, moda o forma de entretenimiento puede funcionar como una herramienta de control social, en la medida en que condiciona la imaginación y las creencias de una persona sin que ella lo note. Esto no es exclusivo de "los libros sagrados" ni de "las élites de siempre". Incluye a TikTok, a los influencers, a los noticieros de todos los colores políticos. El mecanismo es transversal: no importa el envoltorio, importa si te está haciendo pensar más libremente o menos.

Mi postura final, la más pragmática de todo el libro, es esta: independientemente de si estas teorías son ciertas o no, no hay demasiado que una persona común pueda hacer al respecto. No existe forma real de que un civil "combata" a élites con un poder tecnológico y económico de esa magnitud. Mi recomendación, entonces, no es la paranoia ni la resignación, sino el foco: enfócate en lo que sí depende de ti. Disfruta tu tiempo, el amor, la familia, tus vínculos, el arte, el placer. Como digo siempre: si esto es un videojuego, recuerda que los videojuegos son para divertirse y para aprender, no para vivir angustiado por reglas que no controlas.

Una imagen final que me gusta usar para cerrar este tema: toda la realidad es como una torta enorme, y te invito a investigar críticamente la historia real —los imperios, los procesos de colonización, la creación del dinero y de la banca moderna, las grandes fortunas y familias que aparecen año tras año en listas como la de Forbes, el rol de organismos como Naciones Unidas— como un ejercicio legítimo de conciencia social, sin caer por eso en el fatalismo ni en la parálisis. Autores como Ray Dalio, que ha escrito con seriedad sobre los ciclos económicos y el poder del dinero a lo largo de la historia, me parecen referencias mucho más sólidas que la mayoría del contenido conspiranoico que circula sin ningún rigor.

Y para cerrar como corresponde, con el mismo humor con el que abrí: yo no dije nada, y todo lo que dije era mentira.



CAPÍTULO 10

Mi transición, mis heridas y mi filosofía de vida

Quiero cerrar la parte más "temática" de este libro contándote algo más personal: por qué en algún momento decidí tomar distancia de buena parte del rubro esotérico-terapéutico en el que llevo tantos años trabajando, y qué aprendí en el proceso.

Hubo un accidente en mi vida —ligado a experimentación con sustancias, hace ya varios años— que me hizo retroceder gravemente en mi salud y en mis propias capacidades paranormales. Puse en riesgo cosas que no debí haber arriesgado: mi salud, mi integridad, en algún sentido mi vida misma. Perdí, por un tiempo, casi todas las facultades que había entrenado durante años, y tuve que reconstruirlas prácticamente desde cero. Curiosamente, ese mismo proceso me trajo capacidades nuevas que antes no tenía —mayor mediumnidad, mayor precognición— mientras que otras nunca volvieron al nivel que tenían antes. Interpreto ese episodio, con el tiempo y la distancia, como una gran enseñanza, quizás como una especie de castigo simbólico, y sobre todo como una oportunidad de revisar con honestidad el uso que le estaba dando a algunas de mis propias capacidades. En mi juventud tuve un motor de rabia, un deseo de poder ligado a percibir con crudeza las injusticias del mundo, que me llevó a investigar aspectos oscuros del psiquismo y de la magia —magia negra real, con capacidad de daño—. Nunca los usé para hacer daño a nadie. Pero quiero que sepas que existen, como advertencia, no como invitación.

Mi vocación por las terapias, el masaje y la sexualidad esotérica no fue heredada mecánicamente de mis padres, aunque el ambiente de artes marciales y chikung en el que crecí sin duda influyó. Nunca sentí una pasión genuina por las artes marciales en sí. La pasión real me llegó por otro lado: por las terapias, por el desarrollo psíquico, motivada en gran parte por la falta de información confiable que veía en el rubro, y por el abuso y las estafas que presenciaba constantemente a mi alrededor.

Y aquí va una crítica que ya adelanté en otros capítulos pero que quiero rematar acá: la mercantilización espiritual me parece uno de los problemas más graves del mundo esotérico actual. Rituales, sahumerios y limpiezas cobrados a precios desproporcionados por personas de las que, honestamente, solo un pequeño porcentaje hace realmente el trabajo que promete. Al mismo tiempo, y para que quede claro que no soy ingenuo con esto, también defiendo que sí es válido cobrar caro cuando el trabajo es real y

efectivo —de la misma forma en que pagarías bien a un gasfiter experto que realmente resuelve tu problema, no a uno que solo aparenta hacerlo—.

Sobre la famosa "ley de atracción" y el "poder de la mente colectiva", tengo una postura que quizás decepcione a algunos: en gran parte, considero que se trata también de una gran mentira cuando se exagera. No vas a cambiar la órbita de Júpiter con telekinesis, ni vas a transformar el mundo entero con una oración colectiva bien intencionada. Existe poder mental real, pero es un poder acotado, y no todas las personas lo tienen desarrollado en el mismo grado. Prometer lo contrario, sin matices, me parece una falta de respeto hacia quienes de verdad están sufriendo y buscando ayuda genuina.

Con respecto a mi propio carácter, prefiero ser autocrítico antes de que lo sean otros por mí: me describo como una persona densa, complicada, muy analítica y frontal, con una dificultad histórica para adaptarme a la vida laboral convencional —horarios fijos, jefes, corbata—. No lo interpreto únicamente como una dificultad de adaptación social. Lo interpreto también como un cuestionamiento genuino y honesto hacia estructuras que damos por sentadas sin pensarlas demasiado: el dinero, las jerarquías, los gobiernos.

Respecto a la relación entre ciencia y esoterismo, que atraviesa todo este libro, quiero ser lo más claro posible: respeto profundamente el rigor científico, y entiendo —incluso comparto— las críticas legítimas hacia la pseudociencia cuántica que tanto abunda en el mundo new age, con sus frases vacías tipo "somos energía cuántica" repetidas sin ningún contenido real detrás. Pero también me parece que la ciencia institucional, a veces, se cierra dogmáticamente frente a fenómenos reales que todavía no logra explicar. No me caso con ninguno de los dos bandos. Rescato lo que me sirve de cada uno, y descarto lo que no resiste un análisis honesto.

Por último, algo que quiero compartir sobre mi propia forma de estar en el mundo, con humor, porque me gusta cerrar los temas serios sin solemnidad excesiva: me comparo a veces con un Pokémon tipo Ditto, capaz de adaptarse y reflejar la energía de quien tengo enfrente —cariñoso con quien es cariñoso conmigo, capaz de ser cortante con quien actúa con traición—. Reconozco abiertamente que tengo un lado oscuro, ligado al manejo consciente del poder y del daño potencial que podría causar si quisiera. Pero mi naturaleza y, sobre todo, mi elección constante, es siempre buscar la armonía y el camino constructivo. Mi deseo personal, dicho sin vergüenza, es vivir hasta los sesenta y nueve años, conocer por fin la abundancia económica después de venir de varias generaciones —y de esta misma vida— marcadas por la pobreza, disfrutar el placer sin culpa, y seguir sanando y equilibrando mis propios demonios internos. No aspiro a la perfección. Aspiro a seguir siendo honesto conmigo mismo mientras camino.



EPÍLOGO

Una invitación, no una despedida

Llegamos al final de este recorrido, aunque prefiero no llamarlo "final" sino "punto de partida", porque eso es en realidad lo que este libro pretende ser: la puerta de entrada a todo lo que hago, no el destino.

Si llegaste hasta acá, ya conoces al niño que diseñaba motores de energía libre sin saber que Tesla existía, al adolescente que fracasó en sus primeros rituales y por eso terminó construyendo su propio sistema, al adulto que ha conversado —o al menos así lo ha vivido— con presencias que van desde Lucifer hasta Lilith, que desconfía de las certezas ajenas tanto como de las propias, que se ríe de sí mismo mientras propone una fórmula que explica todo el universo, y que se atreve a decir en voz alta que gran parte de lo que se vende como despertar espiritual es, en el mejor de los casos, una exageración bien intencionada.

No te pedí que me creyeras al principio de este libro, y no te lo voy a pedir tampoco al final. Lo que sí te pido es esto: quédate con lo que te sirvió, cuestiona lo que no, y si algo de lo que leíste aquí te dejó una pregunta abierta —sobre tus propias capacidades, sobre tus propias creencias, sobre tu propia historia—, considera que ese es, probablemente, el verdadero propósito de este libro. No darte respuestas cerradas, sino prestarte un lenguaje y un mapa para que sigas buscando las tuyas.

Este es, en el fondo, mi carta de presentación completa: no solo lo que sé, sino cómo pienso, cómo dudo, cómo me equivoco y cómo sigo adelante de todas formas. Si después de leer esto sientes que mi forma de mirar el mundo —esotérica, holística y sí, también un poco conspiranoica— resuena con la tuya, esta es mi invitación abierta a seguir este camino juntos, en mis cursos, en mis terapias, en mis próximas transmisiones. Y si no resuena del todo, espero al menos haberte regalado un par de horas de pensamiento genuino, algo cada vez más escaso en este mundo saturado de certezas prestadas.

Gracias por leerme hasta acá. Nos encontramos en el próximo Libro o Live.

— C.D.Q.M.

